

LOS LUNES DE EL IMPARCIAL

DIRECTOR: JOSÉ ORTEGA MUNILLA

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
MESONERO ROMANOS, NÚM. 31

29 DE ENERO DE 1894

PRECIO DE ESTE NÚMERO
10 CÉNTIMOS EN TODA ESPAÑA

LA EMBAJADA ESPAÑOLA EN MARRUECOS



Salida de Mazagan

Ayuntamiento de Madrid

SARA Y AGAR

Explíqueme Vd., dije al Sr. de Bernardez, una cosa que siempre me infundió curiosidad. ¿Por qué en su sala tiene Vd., bajo marcos gemelos los retratos de su difunta esposa y de un niño desconocido, que según Vd. asegura, ni es hijo, ni sobrino, ni nada de ella? ¿De quién es otra fotografía de mujer, colocada enfrente sobre el piano?... ¿no sabe Vd.? ¿una mujer joven, agraciada, con fleco de ricitos á la frente?

El sexagenario parpadó, se detuvo, y un matiz rosa cruzó por sus ajadas mejillas. Como íbamos subiendo un repecho de la carretera, lo atribuí á cansancio y le ofrecí el brazo, animándole á continuar el paseo, tan conveniente para su salud; como que si no paseaba solía acostarse sin cenar y dormir mal y poco. Hizo seña con la mano de que podía seguir la caminata, y anduvimos unos cien pasos más en silencio. Al llegar al pie de la iglesia, un banco, tibio aun del sol y bien situado para dominar el paisaje, nos tentó, y á un mismo tiempo nos dirigimos hacia él. Apenas hubo reposado y respirado un poco Bernardez, se hizo cargo de mi pregunta.

Me extraña que no sepa Vd. la historia de esos retratos: en poblaciones como Goyán, cada quisque mete la nariz en la vida del vecino, y glosa lo que ocurre y lo que no ocurre, y lo que no averigua lo inventa!

Comprendí que al buen señor debían de haberle molestado mucho antaño las chismografías y las curiosidades del lugar y callé, haciendo un movimiento de aprobación con la cabeza. Dos minutos después pude convenirme de que, como casi todos los que han tenido alegrías y penas de cierta índole, Bernardez disfrutaba puerilmente en referirlas; porque no son numerosas las almas altaneras que prefieren echarse á cuestras su historia, y ser para sí propios á la par Cristo y Cirineo.—Hé aquí la de Bernardez, tal cual me la refirió mientras el sol se ponía detrás del verde monte en que se asienta Goyán.

«Mi mujer y yo nos casamos muy jovencitos: dos nenes, con la leche en los labios. Ella tenía quince años, yo dieciocho. Una muchachada, quién lo duda. Lo que pasó con tanto madrugar fué, que queriéndonos y llevándonos como dos ángeles de puro bien avenidos que estábamos, al entrar yo en los treinta y cinco, mi mujer empezó á parecerme así... como mi hermana, vamos. La profesaba una ternura sin límites; no hacía nada sin consultarla, no daba un paso que ella no me aconsejase, no veía sino por sus ojos... pero todo fraternal, todo muy tranquilo.

«No teníamos sucesión, y no la echábamos de menos. Jamás hicimos rogativa ni oferta á ningún santo para que nos enviase tal dolor de cabeza. La casa marchaba lo mismo que un cronómetro; mi notaría prosperaba; tomaba incremento nuestra hacienda; adquiríamos tierras; gozábamos de mil comodidades; no cruzábamos una palabra más alta que otra, y veíamos juntos aproximarse la vejez sin desazón ni sobresalto, como el marino que se acerca al término de un viaje emprendido por iniciativa propia, por gusto y por deber.

«Cierta día mi mujer me trajo la noticia de que había muerto la inquilina de una casucha de nuestra pertenencia. Era esta inquilina una pobretona, viuda de un Guardia civil, y quedaba sola en el mundo la huérfana, criaturita de cinco años.—Podíamos recogerla, Hipólito—añadió Romana.—Parte el alma verla así. La enseñaríamos á planchar, á coser, á guisar, y tendríamos, cuando fuese mayor, una criadita fiel y humilde. Di que haríamos una obra de misericordia, y que tú tienes un corazón de manteca.—Así mismo respondí bromeando. ¡Ay! ¡Si el hombre pudiese prever dónde salta su destino!

«Recogimos, pues, la criatura, que se llamaba Mercedes, y así que la lavamos y la adacentamos, amaneció una divinidad; con un pelo ensortijado, como virtas de oro, y unos ojos que parecían dos violetas, y una gracia, y una zalamería... Desde que la vimos así... ¡adiós planes de enseñarla á planchar y á poner el puchero! Empezamos á educarla del modo que se educan las señoritas... en plata, según educaríamos á una hija, si la tuviésemos. Claro que en Goyán no la podíamos afinar mucho, pero se hizo todo lo que permite el rincón este. Y lo que es mirarla... ¡Señor! En especial Romana... un desastre. Figúrese Vd. que la pobre Romana, tan modesta para sí que jamás la ví encaprichada por un perifollo... encargaba los trajes y los abriguitos de Mercedes á la mejor modista de Marineda. ¿Qué tal?

«Cuando llegó la chiquilla á presumir de mujer, empezaron también á mirarla y á rondarla los señoritos en los días de ferias y fiestas; y yo á rabiarse cuando notaba que la hacían guiños. Ella se reía y me decía siempre, mirándome mucho á la cara:—«Padrino (me llamaba así), vamos á reírnos de esos tontos; á Vd. le quiero más que á ninguno.—Me complacía tanto que me lo dijese (cosas del demonio!), que la reñía solo para oír la repetir:—«Le quiero más á Vd...»—Hasta que una vez, muy bajito, al

oído:—«¡Le quiero más, y me gusta más... y no me casaré nunca, padrino!»—¡Por estas, que así habló la rapaza!

«Se me trastornó el sentido. Hicé mal, muy mal... y sin embargo, no sé, en mi pellejo, lo que harían más de cien santones. En fin, repito que me puse como lunático, y sin intención, sin premeditar las consecuencias (porque repito que perdí la chaveta completamente), yo, que había vivido más de veinte años como hombre de bien y marido leal, lo eché á rodar todo en un día... en un cuarto de hora...

«Todo á rodar, no; porque tan cierto como que Dios nos oye, yo seguía consagrando un cariño profundo, inalterable, á mi mujer; y si me proponen que la deje y me vaya con Mercedes por esos mundos—se lo confesé á Mercedes misma, no crea Vd., y lloró á mares,—antes me aparto de cien Mercedes que de mi esposa. Después de tantos años de vida común se me figuraba que Romana y yo habíamos nacido al mismo tiempo, y que reunidos y cogidos de las manos debíamos morir. Sólo que Mercedes me sorbía el seso, y cuando la sentía acercarse á mí, la sangre me daba una sola vuelta de arriba abajo, y se me abrasaba el paladar, y en los oídos me parecía que resonaba galope de caballos, un estrépito que me aturdira.»

—¿Es de Mercedes el retrato que está sobre el piano?—pregunté al viejo.

«De Mercedes es. Pues verá Vd.: Romana se malició algo, y los chismosos intrigantes se encargaron de lo demás. Entonces, por evitar disgustos, conté una historia: dije que unos señores de Marineda, que iban á pasar larga temporada en Madrid, querían llevar á Mercedes, y lo que hice fué amueblar en Marineda un piso, donde Mercedes se estableció decorosamente con una criadita. A pretexto de asuntos, yo veía á la muchacha una vez por semana lo menos. Así, la situación fué mejor... vamos, más tolerable que si estuviesen las dos bajo un mismo techo, y yo entre ellas.

«Romana callaba,—era muy prudente,—pero aunque andaba inquieta, pensativa, alterada, decía yo: ¿por dónde estallará la bomba? Y estalló... ¿por dónde dirá Vd.? Una tarde que volví de Marineda, mi mujer, sin darme tiempo á soltar la capa, se encerró conmigo en su cuarto y me dijo que no ignoraba el estado de Mercedes... ya supondrá Vd. cuál sería el estado de Mercedes, y que, pues había sufrido tanto y con tal paciencia, lo que naciese, para ella, para Romana, tenía que ser en todo propiedad... como si lo hubiese parido Romana misma.

«Me quedé tonto... Y el caso es que mi mujer se expresaba de tal manera, con un tono y unas palabras tales, y tenía además tanta razón y tal sobra de motivos para mandar y exigir, que apenas nació el niño y lo ví empañado, lo envolví en un chal de caleta que me dió Romana misma, y en el coche de Marineda á Goyán hizo su primer viaje de este mundo.»

—¿Ese niño es el que está retratado al lado de su esposa de Vd., dentro de los marcos gemelos?

—«Ajaja... Precisamente. Miré Vd., difícil que ningún chiquillo, ni Alfonso XIII, se haya visto mejor cuidado y más estimado. Romana, desde que se apoderó del pequeño, no hizo caso de mí, ni de nadie, sino de él. El niño dormía en su cuarto; ella le vestía, ella le desnudaba, ella le tenía en el regazo, ella le enseñaba á juntar las letras y ella le hacía rezar. Hasta formó resolución de testar en favor del niño... Sólo que él falleció antes que Romana; como que al rapaz le dieron las viruelas el 20 de Marzo, y una semana después voló á la gloria... y Romana, el 7 de Abril fué cuando la desahució el médico, y la perdí á la madrugada siguiente.»

—¿Se le pegaron las viruelas?—pregunté al Sr. de Bernardez, que se aplicaba el pañuelo sin desdoblarse á los ribeteados y mortecinos ojos.

—Naturalmente... Si no se apartó del niño.

—¿Y Vd. cómo no se casó con Mercedes?

—Porque soy malo, pero no tanto como eso—contestó en voz temblona, mientras una aguadilla que no se redondeó en lágrima asomaba á sus áridos lagrimales.

Emilia PARDO BAZÁN.

CARMEN

Quando cayó el telón en el acto segundo de la ópera *Carmen*, la hermosa Julia, haciendo un encantador mohín, se volvió á los habituales tertulios de su palco y nos dijo:

—No niego á Bizet la inspiración, pero á Marinée nunca le perdonaré la calumnia. ¡Imaginar que hay en el mundo mujeres así!

—Vaya si las hay—añadió uno de los circunstantes,—y para convencer á Vd. la referiré la historia que precisamente estaba recordando á tiempo que exponía sus dudas.

También se llamaba Carmen. Lo mismo que la terrible heroína del libreto y de la novela. Igualmente me la figuró de bronceada tez, oscuros ojos, dilatadas narices, sensuales labios y cejas como el terciopelo; como que si no era sevillana era criolla. Quedó huérfana muy niña y vivía en Madrid con su tutor, un veterano general compañero de armas del padre de Carmen, muerto gloriosamente en la campaña de Cuba. A la madre no la había conocido. En la Habana circulaba sobre aquella mujer muy hermosa trágica leyenda: un adulterio lavado con sangre por el pundonoroso militar.

La niña llegó á ser encanto del general y mimo de sus hijos Fernando y Luis, que como á hermana la querían; cierto que su gracejo, su desenvoltura y su precocidad un tanto maliciosa le ganaban las voluntades. Luis sobre todo la idolatraba; tenía cinco años más y aun pudo en los primeros tiempos asociarse á sus juegos infantiles. Fernando era ya un hombre y muy apuesto y marcial con su uniforme de teniente de artillería.

En el jardín del coquetón hotel que había edificado el general en el barrio de Monasterio estudiaba Luis en déleitosos tardes de primavera; se acercaban los exámenes de quinto año y era él aventajadísimo y aplicado. Delante de la verja se detuvo una harapienta gitana y quiso decir al señorito la buenaventura. El portero se apresuró á despedirla. La mujer al alejarse encolerizada, alzó los puños gritando con voz enronquecida:

—Oye tú chavalillo, yo te diré aunque no me des ni un chavo para mis *churumbetes*, que así te embutas todos los libros del mundo en los cascos, te han de volver loco los *elisos* negros de la criaturita que juega allí abajo y han de dar contigo en la cárcel y te matarán de dolor y vergüenza.

—Vamos—exclamó uno de los oyentes,—ya apareció, como en la novela, la predestinación maravillosa y la *je-tatura* irresistible.

—Precisamente—continuó el narrador.—Ya anuncié á ustedes que la semejanza sería en todos los detalles.

—Sepamos—dijo Julia—cómo se realizó el pronóstico tremebundo.

—Cuando Luis, hecho un hombrequito, escogió la carrera de ingeniero mecánico y pasó á Lieja á completar sus estudios, Carmen era un encantador capullo de mujer. Acáso tuviera su hermosura menos corrección de líneas que gracia de actitudes y movimientos; acaso hubiese en las formas turgencias exuberantes á su edad, y brillaran en sus ojos adormecidos y rasgados resplandores candentes, anuncios de un temperamento fogoso y arrebatado; pero con tales armas y el trato íntimo y constante, su dominio sobre el soñador y reflexivo Luis había de ser inevitable. El general, que adoraba á su pupila, no vió con malos ojos la inclinación del muchacho, y entre las relaciones de la casa se empezó á susurrar que habría toda al regreso de Bélgica del flamante ingeniero mecánico.

Lo que pasó en aquellos años de ausencia la historia no lo ha determinado con precisión. Si se sabe que mientras Luis se consumía estudiando, Carmen recorría los salones, más halagada y aplaudida que un César triunfador marchando al Capitolio. De pronto, una niebla muy sombría debió empañar aquel sol de gloria y de hermosura. Aunque he dicho que en concreto no se supo nada por entonces, será mejor, por no herir la susceptibilidad de Julia, á quien ofenden tanto las acusaciones á su sexo, no penetrar en las lobregueces de aquella nube que entristeció al general hasta el punto de arrebatarse la vida.

Con la catástrofe se precipitó el regreso de Luis. ¡Qué solitario, desolado y silencioso halló el hotel en que pasó su alegre infancia! Cerrado el gabinetito cubierto de armas y de planos, museo elocuente de las proezas de su padre; cerrado también el *budoir* de Carmen, y mudo el piano que tantas veces hizo resonar la criolla con las picarescas y voluptuosas melodías de las guarachas de su tierra.

Fernando, que le salió á recibir, no era ya el juvenil tenientillo, sino un severo y majestuoso comandante, enjuto y demacrado, de mirada fría y sonrisa burlona. Siempre había diferido mucho su carácter del de su hermano: frívolo, aturdido y ligero cuando muchacho, se había hecho ya hombre escéptico, sensualista y calaverón desalmado. Por eso á las angustiadas interrogaciones de Luis sobre la ausencia de Carmen, contestó cruelmente con mefistofélica carcajada:

—*Souvent femme varie*, querido. El galante rey, que era práctico en la materia, estuvo muy en lo cierto.

Imposible le fué á Luis hacerle aclarar todo el misterio de aquella amarga reticencia. Carmen había elegido, entre los muchos adoradores que al parecer despreciaba, al más rico, precipitando la boda con tanta urgencia que dió no poco pábulo á las murmuraciones. Su marido era un opulentísimo fundidor de Bilbao que tenía á orillas del Nervión un palacio suntuoso, y en otros puntos de Vizcaya muchas fincas y casas de recreo; pero antes de insta-

larse en definitiva se llevó á su mujer á un largo viaje por Europa.

Aquel doble golpe de la muerte del padre idolatrado, y la pérdida de la escogida de su corazón, fué tan rudo para Luis que creyó volverse loco de pena. ¡Qué terrible vacío se abrió en su existencia, y qué soledad tan espantosa empezó para su alma! Porque su hermano, que no podía apreciar las torturas de su tierna y exquisita sensibilidad de hombre reconcentrado, pensador y virtuoso, lejos de consolarle con palabras de cariño, no desperdiciaba ocasión de ridiculizarle su dolor y zaherirle por lo que él llamaba «estúpidas romantiquerías de mozalbetes fantaseador é inexperto.»

No le quedó al pobre ingeniero más recurso que buscar en la actividad febril del estudio, la distracción á sus pesares, y abismado en sí, logró, poco á poco, esa paz melancólica que hallan los espíritus superiores, cuando, contristados por las luchas de la vida, se recogen á lo interior de su conciencia honrada y serena. Su laboriosidad y su saber pronto le conquistaron reputación envidiable. Las empresas más poderosas se disputaron sus servicios, y el trabajo y los negocios no le dejaban espacio para volver la vista á los acontecimientos que le habían amargado para siempre. Sin embargo, en medio de tanta actividad y tantas preocupaciones, el recuerdo de Carmen le perseguía como una obsesión, y sobre la blanca cartulina de sus dibujos, sobre la margen de sus libros ó en la luciente superficie de las aceradas ruedas de sus máquinas, surgían á veces dos ojos negros que le conturbaban con sus candentes irradiaciones y sus efluvios magnéticos, y entonces, como el eremita acosado por tentación maléfica, se levantaba agitado y huía de la visión terrible y pertinaz.

Entre las excursiones á que con frecuencia le obligaba su profesión, tuvo un verano que viajar por las provincias del Norte. Cuando acabó el trabajo en unas cuencas hulleras de Santander, pasó á Vizcaya á descansar en un pintoresco pueblecillo de la costa. Allí le esperaba la fatalidad. Ya había subido al coche para el regreso, cuando oyó que el mayoral, hablando con un mozo, repetía un nombre que le hizo estremecer. Estalló el látigo y el carruaje partió. Los primeros momentos, Luis permaneció anonadado y silencioso. De repente, sobre el espacio blanquecino y polvoriento que proyectaba delante de él la prolongada carretera, aparecieron las dos negras pupilas de la frecuente obsesión. En vano era que volviese á un lado la cabeza, ó que cerrara los ojos, las miradas abrasadoras é inquietantes le perseguían y fascinaban. Entabló conversación con el mayoral y creció su angustia y su inquietud. No se había equivocado; aquel nombre que escuchó antes de la partida era el del marido de Carmen. Al doblar un recodo, el mayoral señaló con la fusta, allá en lo hondo de un risueño valle, un aristocrático chalet, cuya techumbre empizarrada surgía por cima de un extenso macizo de chopos y castaños.

Un violento golpe de sangre le abrasó la cabeza, y estuvo á pique de perder el sentido, congestionado. ¡Sería posible! ¡Allí estaba ella! Con los ojos desmesuradamente abiertos cual si le quisieran saltar de las órbitas, escudriñaba las ventanas, que, como chispas de fuego, relucían heridas por los rayos del sol naciente. Hora y media después, bajó Luis del carruaje mientras mudaban el tiro. En vano le esperó el mayoral un buen espacio; viendo que no acudía, arreó las mulas, y subiendo un repecho, dijo mirando á la llanura.—¡Pero qué mosca le ha picado al señorito para volverse atrás y correr como un loco saltando los maizales?

En aquella noche, ligeramente brumosa, como suelen ser las templadas de Agosto en las cercanías del Cantábrico, la luna menguante se levantó rojiza sobre un cielo violáceo, plateando con sus reflejos las dormidas aguas del estanque de un parque y el prismático tejado de pizarra de un suntuoso edificio medio oculto entre frondas. La densa oscuridad se interrumpía con el vivo centelleo de una ventana vigorosamente iluminada y el silencio nocturno con las lejanas notas de una guaracha lánguida y enervante pulsada al piano. Sobre la incierta claridad de la arenosa avenida del parque poblado de castaños, se vió avanzar vacilante la sombra de un hombre. Ora se detenía permaneciendo estático, ora continuaba su camino tambaleándose como un ébrio.

Tardó mucho en acercarse á la casa la sombra y allí permaneció inmóvil hasta después que la luna hubo rebasado el cenit. Luego se le vió trepar y perderse en el encendido cuadro de la ventana, como una de esas mariposas nocturnas que revolotean hasta quemarse en la bugía que las deslumbra y atrae.

Cuando Luis, reclinado sobre el alfeizar, miró al interior con avidez, lanzó un grito de angustia y desesperación. Carmen estaba allí, espléndida de hermosura: flotante el cabello sobre los hombros desnudos; mal velados sus esculturales encantos por diáfana batista, y los ojos negros provocativos y ardientes relampagueando sensual-

dad y pasión. Un hombre la oprimía entre sus brazos, y el hombre no era su marido. Luis exhaló el grito desplomándose desmayado en la habitación al reconocer el perfil descarnado y la fisonomía cínica y macilenta de su hermano.

Fernando huyó, pero el fundidor sorprendió á Luis de madrugada en el cuarto de su mujer. Estalló el escándalo y se inició el proceso, cumpliéndose en todas sus partes la profecía de la gitana, porque Luis murió poco después en la cárcel, loco y deshonrado.

—¿Y Carmen?—preguntó Julia.

—Perdonada por su marido, continúa como en sus primeros tiempos en los salones su marcha triunfal de César caminando al Capitolio.

R. BLANCO ASENJO.

DOLORES

Tal es el título del tomo de poesías que acaba de publicar D. Federico Balart. Para honrar nuestras columnas reproducimos el prólogo de este notabilísimo libro:

AL LECTOR

Este libro, que al mundo lanzado veo,
Lector, contra el torrente de mi deseo,
Por más que hoy tu mirada sobre él irradie,
Para ti no se ha escrito.—¡Ni para nadie!
Exudación de un alma de angustia llena,
La materia y la forma le dió una pena.
En sus versos, desnudos de gala y arte,
Ni voluntad ni esfuerzo tuvieron parte:
Lágrimas son que turbias se aglomeraron,
Que en informes estrofas se coagularon,
Y en un alma nacieron que el duelo enluta,
Como la estalactita nacé en la gruta.

Yo, que en densa tiniebla desaparecido
Soy un triste habitante del triste olvido,
Mis canciones dejaba sonar á solas
Como en playa desierta suenan las olas.
Al pie de árbol estéril, hojas caídas,
Entre el polvo rodaron desconocidas.
Hoy, que contra mi gusto las lanzo al viento,
Tales como las hallo te las presento.
La corrección mezquina, meticulosa,
Que los versos á veces convierte en prosa,
Si tersura les presta, verdad les quita:
¿Quién corrige, quién pule la estalactita?
Lo que en su masa tosca puede agradarte
Es ver cómo espontánea creció sin arte;
Y de ese crecimiento pierdes la norma
Cuando á la estalactita quitas su forma.

Si este libro robarte logra un momento
Sólo ha de ser en gracia del sentimiento;
Sentimiento que es siempre, de varios modos,
Si en cada cual distinto, común á todos.

En la roca pendiente sobre el abismo,
Cruza el hombre los brazos y entra en sí mismo,
Y duda, al ver el alma y al ver el mundo,
Cuál de los dos abismos es más profundo;
Mas siempre halla en el fondo de entrambos huecos,
Para iguales gemidos, iguales ecos.
Desde que el mundo es mundo, con varios nombres
Iguales desventuras lloran los hombres.
Ya Job llevó la carga que yo ahora llevo:
¡Bajo el cielo estrellado no hay nada nuevo!
El volcán siempre arroja la misma lava:
Hoy pensamos lo mismo que Job pensaba,
Porque, bajo el azote de suerte impía,
Hoy sentimos lo mismo que Job sentía:
A más crudas desgracias, penas más crudas,
¡Y, á mayores problemas, mayores dudas!

Y, siendo igual el fondo del sentimiento,
¿No lo han de ser las formas del pensamiento?
¡Ay! desde Adán, el hombre siempre ha tenido
Para iguales dolores igual gemido:
En placeres y penas, por varios modos,
Nada es tuyo ni mío; ¡todo es de todos!

Cuando Mayo los campos cubre de flores,
Cantan la misma endecha los ruiseñores;
Pero, aunque confundidas en un lamento,
Cada voz se distingue por el acento.
Catedral cordobesa, que, si hoy bendita,
De otro Dios y otro culto fuiste mezcuita:
Entre cuantas columnas te hacen preciada
Para ti ni una sola fué cincelada.
Pero, si en sus robustos fustes gigantes
Otros cien edificios pesaron antes,
Hoy que en ellos descansas, di, ¿quién te quita
Tu original belleza, noble mezcuita?
En la flor de los campos, blanca ó bermeja,
Delicados aromas bebe la abeja;
Pero el licor sabroso que el panal mana
No es romero, tomillo ni mejorana;
El dulzor que en el labio la miel nos deja
Es algo que tan sólo le da la abeja.

Yo no aspiro á que ensalces mi fantasía,
Lector, á mí me basta tu simpatía;
Y en ella sin temores el alma espera,
Que no hay voz despreciada cuando es sincera.
Todo ajeno gemido vibra en nosotros;
Los unos padecemos lo que los otros;
No se pierden los ayes en el vacío:
¡Mi dolor siempre es tuyo, y el tuyo es mío.

Federico BALART.

COSAS DE AQUÍ ABAJO

(Episodio del año 9)

I

Por más que hago no me puedo acordar del nombre del pueblo; pero lo que sí recuerdo perfectamente es que estaba situado á la izquierda de la carretera de Extremadura, que sólo había tardado dos días en llegar á él desde Madrid y que tenía unas casas muy bajas, por encima de las que sobresalía una torre muy alta, como se destacaría un gigante que tuviera congregados en torno suyo una colección de enanos entretenidos en escuchar su voz.

En el momento, que empieza mi relato lo que imitaba perfectamente la voz del gigante era la campana de la torre, que lanzaba unos gemidos cascados y dolorosos como si pidiera favor y auxilio en un gravísimo aprieto, mientras los enanillos, ó sea las casas, abrían llenos de terror las bocas de sus ventanas dejando asomar de cuando en cuando por entre sus descarnadas encías una cabeza soñolienta y asustada que dirigiéndose á los vecinos que ya se habían lanzado á la calle, á pesar de faltar más de dos horas para amanecer, preguntaba:

—¿Qué sucede?

A lo que los de abajo contestaban ora con ira, ora con miedo:

—¡Que ya están ahí!

Yo, que estaba acurrucado en un rincón de la sala alta de una de aquellas casas, no comprendía nada de lo que sucedía; pero mi cabecita rubia, porque es bueno que sepan que merced á los once años escasos que contaba tenía la cabeza como la de esos alados querubines que hay pintados en los retablos, se escondía medrosa entre los pliegues del cobertor de mi cama, y temeroso de ser descubierta, ni á respirar me atrevía.

Enfrente de mí había una ventana; pero la escasa claridad de las estrellas llegaba hasta mí interceptada por dos cuerpos opacos. Aquellos dos cuerpos eran los de Cristeta mi prima, y Andrés su novio, que echados de pechos en el alfeizar de la ventana sostenían en voz baja el siguiente diálogo:

—Eres un cobarde, Andrés—decía Cristeta.—Tu falta de resolución hará que no nos casemos nunca. Mi madre no quiere que hagas de mí tu mujer hasta que seas rico y en tu mano está serlo cuando quieras.

—Déjame, Cristeta, no me tientes la paciencia. Más tarde ó más temprano heredaré á mi tío el cura. Entre tanto ¿qué quieres que haga?

—No quiero nada. Lo que te digo es que este año me caso. Si no te atreves tú, alguien se alegrará.

—¿Y serás capaz?..

—Vaya si lo seré.

Andrés debió ponerse pálido, guardó un momento de silencio y al cabo le oí decir con voz temblona:

—Cristeta, mi tío ha sido para mí más que un padre. A él le debo lo que soy y de él espero la fortuna que ha de hacerme dueño de tu mano. Si como á Abraham, Dios me enviara un ángel para que le tocara no más que al pelo de la sotana; no sé lo que haría. Pero cuando tú me amenazas con dar tu mano á otro, creo que tendré valor... Mañana á la noche sabrás de lo que soy capaz...

A pesar de mi terror me atreví á alzar la cabeza y vi que Cristeta cogía la mano á Andrés mientras le decía:

—Sobre todo es preciso que obres con cautela. El cariño que tu tío te profesa te pone á cubierto de toda sospecha; pero el testamento que tiene hecho á tu favor podría comprometerte. De tu prudencia depende todo.

No pude oír más. Las voces de la calle redoblaron y sólo llegó á mis oídos aquel rumor fatídico y siniestro que repetía sin cesar:

—¡Ya están ahí!

II

Los que estaban allí eran los franceses, porque no sé si me he olvidado de decir que estábamos en los comedios del año 9.

La última manifestación de mi miedo había sido un sueño tan profundo, que cuando desperté era muy entrada la mañana, y como no hay nada que disipe el terror como la claridad del día, con un valor que ni yo mismo hubiera sospechado, me asomé á la calle.

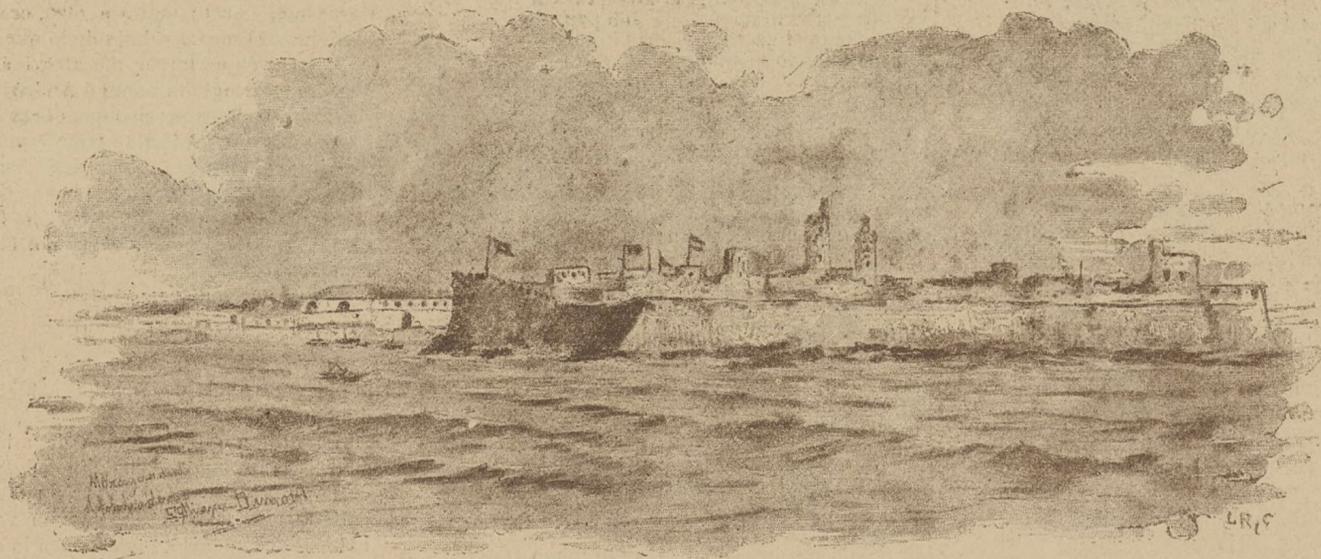
El espectáculo no tenía para mí nada de aterrador. Una larga fila de soldados la ocupaba por completo, y tan marcial y alegre era su aspecto que maldito si me explicaba que su llegada hubiera podido producir tal espanto.

Alentado por aquella impresión, me aventuré por las calles tomando la dirección de la plaza, y con gran asombro vi que no sólo contadísimas personas circulaban por ella, sino que apenas se daba con puerta que no estuviese cerrada á piedra y lodo.

Todo parecía hostil. Hasta el cielo, diáfano y sereno la noche anterior, se ocultaba ahora tras una cortina de api-



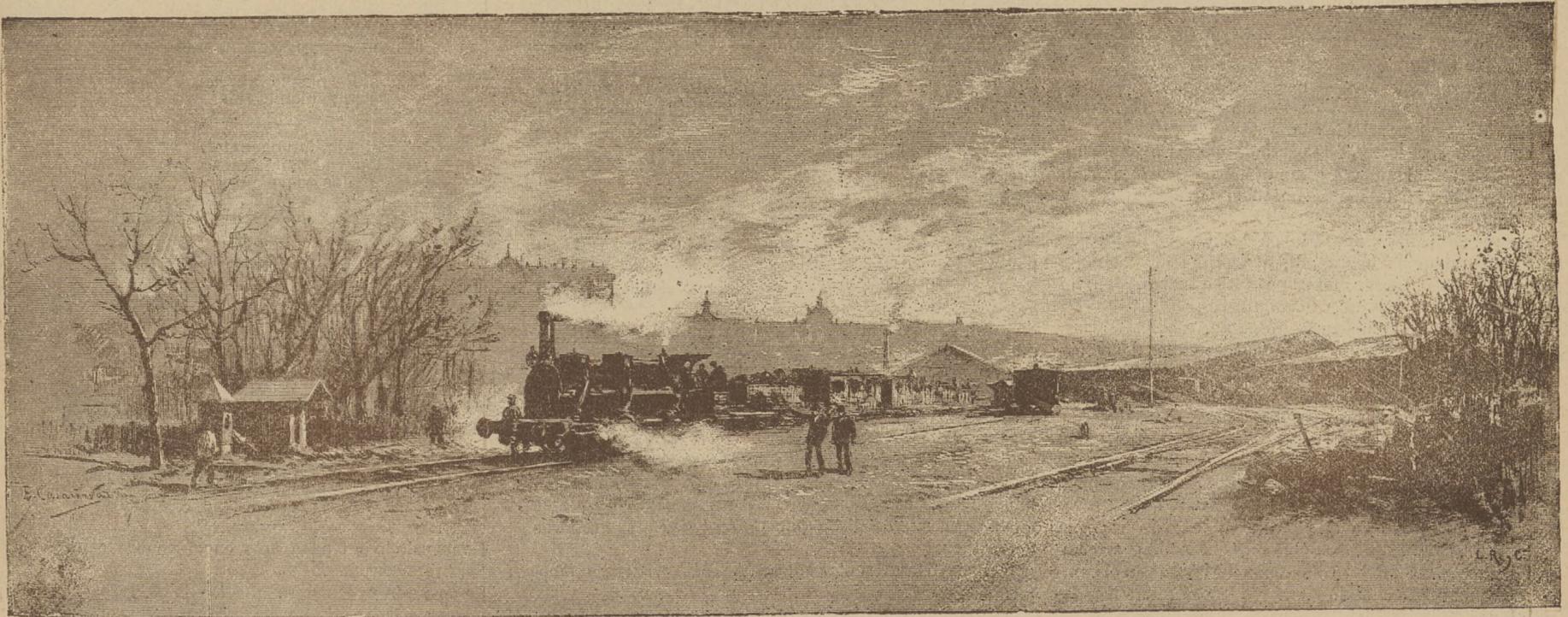
Camino de Marruecos



VISTA DE MAZAGAN DESDE EL FONDEADERO



Cisterna de los Portugueses en Mazagan



UN TREN SOBRE LA NIEVE

Ayuntamiento de Madrid

ñadas nubes tan sombrías como el odio que parecía respirarse en la tierra.

Sólo mi corazón infantil era el que se compadecía de aquellos soldados protestando en silencio contra tanta injusticia, y sin embargo ya el miedo que inspiran la soledad y el silencio volvía á apoderarse de mí, cuando un nuevo incidente me detuvo en la plaza.

Cuatro soldados franceses traían en unas especies de parihuelas á un hombre que vestía un uniforme todo lleno de galones de oro.

La curiosidad me hizo acercarme á aquel hombre, que después supe que tenía el grado de coronel y que era un anciano de largos bigotes grises, de rostro enjuto y de mirada llena de esa seguridad altanera que da la costumbre de mirar frente á frente á la muerte.

En el pecho de su casaca entreabierta se vía una cruz y una de sus piernas iba profusamente entrapajada por haber recibido un balazo en el muslo que le interesaba el fémur.

La contracción de sus facciones revelaba que los dolores debían ser terribles; pero ni una queja salía de sus labios.

—Muchacho,—me dijo en mal castellano aquel hombre, que era el jefe de la fuerza que se había posesionado del pueblo,—¿sabes cuál es la casa del cura?

—Sí—respondí con orgullo.—Es la única que conozco.

—Pues guía y pronto, que ya tengo gana de que esta maldita pierna se vea libre de los vaivenes del camino.

Para decir con cuánto gusto le obedecía baste saber que á pesar de mis cortos años veía en aquel suceso la mano de la Providencia. Indudablemente aquel militar iba alojado á casa del cura y su presencia en ella aseguraba la vida del tío de Andrés.

Pensando en esto llegamos á la puerta de la casa con tanto afán descada por el herido, y apenas sonó sobre ella un aldabonazo, una cabeza pálida, desencajada y rugosa como el pergamino de un viejo breviario, se asomó á la ventana.

El ama del sacerdote, que era la que se había asomado, ni se dignó siquiera preguntar qué queríamos. Sólo ante el estridente sonido producido por la vidriera al cerrarse oí como á modo de un chillido agudo é inarmónico que gritaba:

—¡Ya están ahí!

III

Cuando llegamos al umbral de la estancia que servía de despacho, de sala de recibo y de comedor, el buen clérigo acababa de trasegar un enorme jicaron de chocolate y repasaba un pequeño volumen que lo mismo habría podido ser un libro de oraciones que un manual de cetrería.

Aunque sin duda esperaba ya la visita, ni se movió siquiera del ancho sillón de vaqueta en que reposaba su corpulenta humanidad, y dignándose solo alzar la cabeza murmuró con voz entre mal humorada y cortés:

—¡Adelante quien sea!

Y como por toda contestación uno de los soldados le mostrase la boleta de alojamiento de su jefe, añadió:

—Me figuro lo que es. Todo sea por Dios. Aquí no hay grandezas, pero se comerá de lo que haya y no faltará una cama más ó menos blanda.

Y al decir esto trató de ponerse de pie, pero como no lo hiciese tan rápidamente como hubiese deseado, dió un fuerte puñetazo en la mesa, no sé si molestado por la gota ó por la visita.

El coronel francés, apoyado en los brazos de los que le habían conducido hasta allí, apareció en la estancia. El cura, al verle, á pesar de su patriótica indignación, no pudo reprimir un movimiento compasivo:

—¿Está Vd. herido, militar?—preguntó.

—Sí—contestó el interpelado.—Los españoles tienen ustedes las cabezas muy duras, y se han propuesto no dejar uno de nosotros sano. Deben haber agotado su proverbial hidalgüa antes de que pasáramos la frontera.

El cura le miró con mal reprimido enojo, y se limitó á contestar:

—Vamos á lo que importa. Esa pierna necesita un buen lecho en que descansar, la fiebre no tardará en sobrevenir, y es preciso que cuando les hagamos volver á esa maldita Francia de que no debían haber salido, no puedan decir que los que les rompemos los huesos en el campo no les curamos cuando de mejor ó peor gana les damos hospitalidad.

El coronel le tendió la mano, murmurando:

—Así me gusta que hablen los hombres.

Pero el sacerdote le volvió la espalda. Su caridad cristiana había dicho todo lo que tenía que decir, y era fuerza dejar hablar al patriotismo.

Después, solo se oyó la voz áspera del clérigo dando órdenes para que se trasladara á su misma cama al herido.

Yo estuve dando vueltas alrededor de este último, pensando cómo le contaría lo que había oído la noche an-

terior. Pero al verse solo prorrumpió en tales juramentos que, embargado por el miedo, me dí á correr sin ocuparme de otra cosa que de ponerme en salvo.

Lo único que debo confesar es que al entrar en mi casa sentí todavía más pavora al mirar la cara tranquila y risueña de mi prima Cristeta.

IV

Sin la preocupación que tenía embargados los ánimos, todos hubieran notado mi azoramiento; pero harto tenía cada cual con pensar en sí para ocuparse de los temores de los demás. Sólo los ojos de Cristeta me parecía que penetraban hasta el fondo de mis entrañas.

A la caída de la tarde, sin embargo, me tranquilicé un tanto, y sin ser notado me escapé para rondar los alrededores de la casa del cura, en cuya puerta, con gran regocijo vi que el coronel francés había hecho poner doble centinela, lo cual quería decir que mientras él estuviera allí no había cuidado alguno.

Al dar la vuelta á mi morada, como encontrara á mi prima hablando en el zaguán con Andrés, me apresuré á darles noticia de la doble centinela con objeto de salir al encuentro de sus planes. Pero cuando creí que esto contrariaría á Cristeta, se me figuró ver en sus ojos un relámpago de satisfacción.

Mientras yo subía precipitadamente la escalera, mi prima estrechó significativamente la mano de su novio, y ambos se separaron.

V

Aquella noche fué para mí la antítesis de la precedente. La tranquilidad que casi por completo había recobrado contribuyó á darme uno de los sueños más dulces y más profundos de mi vida.

Sin embargo, estaba de Dios que no había de disfrutar por largo tiempo del reposo. Muy poco después de rayar el alba una extraordinaria agitación que se notaba en la calle me hizo saltar del lecho y asomarme á la ventana, desde la que ví que algunos soldados franceses corrían con notorio azoramiento, murmurando sordos juramentos en una lengua que yo no entendía.

No sé si la curiosidad ó el miedo me obligaron á bajar la escalera que me separaba de la pieza en que solía reunirse toda la familia. En ella estaban ya congregados no solo los de la casa, sino algunos extraños que comentaban en voz baja, pero agitada, el extraño suceso que había puesto en conmoción al pueblo entero.

Al entrar, lo primero que noté fué que el semblante de Cristeta estaba extraordinariamente pálido.

—Yo siempre he dicho—murmuraba uno de los narradores—que el señor cura tenía tanto de afrancesado como el rey José de tonto. Con más talento que nosotros meditaba un plan, y para llevarlo á cabo aparentaba condenar los actos de patriotismo un poco bárbaros que se llevaban á cabo contra los gabachos en los pueblos vecinos.

—A pesar de todo—replicaba otro—no me acabo de convencer de que haya sido él solo el autor de la muerte del coronel.

—Y, sin embargo, la cosa no tiene duda. La puerta ha quedado, no solo cerrada, sino custodiada por dos centinelas. Nadie ha penetrado en la casa durante la noche, y sin embargo, cuando sus subordinados han entrado en la alcoba en que creían que descansaba su jefe, se le han encontrado con el pecho cosido á puñaladas.

—Pero en cambio se ha hallado también al señor cura durmiendo con la mayor tranquilidad en el lecho que se había hecho improvisar al otro lado de la casa.

—Eso sólo prueba que su patriotismo había hecho de antemano el sacrificio de su vida.

Al oír esto bañó todo mi cuerpo un mortal sudor. Para mí las cosas habían pasado de modo muy distinto. Andrés, penetrando en la casa por las bardas del corral, había buscado á oscuras á su tío y el haberme olvidado de advertir á Cristeta el cambio de camas había dado por resultado la muerte del coronel.

Por un momento creí que mi imprevisión había salvado la vida del clérigo, pero no tardé en comprender que lo que yo creía producto de una equivocación, no era más que un exceso de astucia por parte de los perpetradores del crimen.

Un nuevo interlocutor entrando pálido y azorado murmuró:

—¡Rogemos á Dios por el alma del señor cura! Esos perros descreídos lo llevan á fusilar.

Mi garganta iba á prorrumper en un grito; pero los ojos de Cristeta se clavaron en mí de tal manera que me impidieron hablar.

En aquel momento sonó una descarga de fusilería y como movidos por un resorte cayeron todos de rodillas exclamando:

—¡Que Dios haya recogido su alma!

Sólo yo no pude unir mis preces á las de los demás. Un síncope me había privado de conocimiento.

VI

Una peligrosa enfermedad, que me tuvo á las puertas de la muerte, hizo que á pesar de los peligros que ofrecían los caminos, me sacaran del pueblo antes de que pudiera darme cuenta de nada.

Sólo el vigor de mi naturaleza y los cuidados que me prodigaron pudieron salvarme. Durante el delirio debí decir cosas espantosas. Pero ¿quién hace caso de lo que dice un chiquillo atacado por la fiebre?

Sólo ya cuando los franceses habían evacuado nuestro territorio y habían pasado años enteros de aquellos sucesos volví á aquel pueblo de las casas bajas y la torre alta.

Mi prima Cristeta era madre de un hermoso niño y dueña de una cuantiosa fortuna. Su marido Andrés había tenido el mal acuerdo de amanecer un día colgado de las ramas de uno de los árboles del huerto, no sin dejar antes escrita una carta diciendo que no se culpaba á nadie de su muerte.

En cuanto al buen cura he leído posteriormente su nombre en muchas y muy serias historias. De seguro que si él pudiera oír los encomios que arranca á los historia, dores el bárbaro acto de patriotismo que se le atribuye—aquellas alabanzas le harían más daño que las censuras que en vida le dirigían los que le tenían por afrancesado.

Para concluir. ¿Creerán ustedes que les voy á contar desventuras y lástimas de mi prima Cristeta? Todo al contrario. Las noticias que siempre he tenido de ella me la pintan rodeada de toda clase de prosperidades y satisfacciones.

Pero ¿puede llevar esto el desconsuelo á las almas que cifran todo su conato en practicar el bien? Muy lejos de ello. Tales injusticias de aquí abajo son las que robustecen la esperanza de que hay una justicia inmutable allá arriba.

Al verme cargado de años, confieso que me estremezo al tener que dar cuenta ante ella del silencio que guardé cuando mi cabecita era rubia y sonrosada como la de los alados querubines de un retablo.

Ángel R. CHAVES.

Chispas

Me postro ante la humana inteligencia,
pero soy enemigo de esa ciencia,
que suele á cada paso,
hacer á la divina Providencia
cómplice mudo del brutal Acaso.

Lo que en el mundo sucede
es muy curioso de ver;
Juan se casó por poder
y ahora dice que no puede.

Arroyuelo que riegas
la hermosa quinta
donde soñando amores
vive Dorila,
si los pies le lavarás,
¡qué bien harías!

Tan linda, tan coqueta,
y temes ir al baile descotada?
Necio pudor que el mundo no respeta,
¡cuántos de tus amigos, Enriqueta,
te han desnudado ya con la mirada!

Nos hallamos muy cerca
del Carnaval,
si bromas no nos trae,
¿qué nos traerá?
¿Acaso una Embajada?
¡fuera vulgar;
¿Embajada y de moros?
Eso... al Canal.

Manuel del PALACIO.

MADRID

Hemos dado un paso más en el penoso camino de nuestra regeneración.

Se ha dado orden para que los individuos del sexo fuerte no fumen en el interior de los tranvías, costumbre española que nos hacía desmerecer en el concepto de las naciones civilizadas.

La medida me parece excelente, aunque soy de los que fuman en toda ocasión y sitio—*un vrai fumeur devant l'Éternel*, que dicen más allá de Irún,—pero sin oponerme á lo hecho, ni discutirlo, creo pertinente decir algo *pinto al caso*.

La abstención de fumar en los tranvías supone indudablemente en la mayoría de nosotros un sacrificio que hacemos gustosos en homenaje á nuestras contemporá-

neas, y que éstas deben agradecernos, aunque el tal sacrificio se imponga en virtud de una orden, tanto más, cuanto que viene á sumarse con el sacrificio del asiento á que nuestra galante debilidad por el sexo bello nos obliga á hacer cada vez que faltan lugares y sobran viajeros.

Pero aparte este punto, que dejo enteramente á la buena voluntad de las madrileñas agradecidas, hay en la orden del ayuntamiento absoluta falta de equidad. Ha bastado que el alcalde de Barcelona haya tomado primero la resolución indicada para que aquí se imite inmediatamente; está bien, pero bueno es seguir copiando.

No digo nada nuevo comunicando á los lectores que los tranvías tienen dos puertas; este es un hecho fuera de toda discusión, y sobre el cual no insistiré delicadamente para no ofender la experiencia del público. Y bien—como dicen los traductores de la clase de alcornóques—puesto que nadie que no esté visiblemente obcecado ha de negar la existencia de las dos puertas, no es aventurado suponer que las tales tienen que llenar los dos fines para que construyen puertas los carpinteros de ambos hemisferios: estar abiertas ó cerradas.

Al llegar á este punto de mi demostración, cuya claridad no necesita encomio, es de toda justicia creer que las puertas de un carruaje deben estar cerradas en tiempo frío y abiertas á las altas temperaturas, y siempre á merced del público que ha alquilado el vehículo y es su dueño temporalmente. No puede haber verdad matemática con mayor cantidad de lógica, y sin embargo...

Varias veces he intentado, y como yo han intentado otros, cerrar la puerta posterior del tranvía en estos últimos días de horrible frío, y siempre el cobrador la ha abierto *illico* y airadamente, y como si le hubiesen tocado al honor de la familia. La repetición de este hecho lamentable prueba que la lógica y la misión de las puertas son verdades permanentes para todo el mundo, excepto para los cobradores del tranvía.

Así, pues, el que suscribe, por sí y en representación de la numerosa clase de fumadores, se somete gustoso á lo mandado, aunque con ello mermen los ingresos de la Arrendataria de Tabacos; pero hace observar al alcalde la necesidad de llevar la luz al cerrado espíritu del cobrador, para que se penetre bien de la urgencia de una compensación á la abstención de fumar y de la verdad que encierra este axioma:—*El público es el amo.*

Hay además en este punto de la prohibición del cigarro otro extremo, á que podrá llevarnos la exactitud con que entre nosotros se cife el que ejecuta al precepto del que manda. La proscripción del cigarro en el interior del tranvía ¿ha de seguir en los coches jardineras que en verano tienen todavía las empresas la bondad de poner en circulación? ¿Puede considerarse que hay en éstas nada propiamente interior en cuanto se refiere á la molestia que produzca el humo confinado?

Me parece de gran interés que el alcalde deje aclarado punto tan esencial antes de la venida de las jardineras, porque si con las puertas sucede cuanto queda dicho ¿considere S. S. á qué despotismo cobradoril puede llevarnos una orden higiénica y justa en teoría!

Tratándose, como se trata, de un poeta popular, todos tenemos derecho para emitir nuestra opinión, y si ésta concuerda con la de otros señores de más cuantía intelectual, cerebral, literaria, ó como Vds. quieran decirlo, miel sobre hojuelas.

Hay quien, llevado un poco á ciegas por la idolatría á Campoamor, quiere que se le tribute otro homenaje de admiración semejante al que acaba de rendirse á Núñez de Arce, tomando para muchos este acto el carácter odioso de un desquite.

No debe ser, no puede ser, y con gran tino se opone á ello *Clarín* diciendo que hacer esto *después* de la fiesta á Núñez de Arce parecería colocar á éste en segundo lugar, «lo cual—dice—podrá ser verdad, pero somos muchísimos los que no lo creemos.»

Efectivamente: es cierto que somos muchos los que no lo creemos, y es cierto también... que no es cierto el primer enunciado.

Recientes *declaraciones* (no ha de tener Navarro Reverter la exclusiva de las *declaraciones*) del gran poeta han *fijado su actitud* en esto del proyectado homenaje. Estas declaraciones, hechas por el poeta sin más público que yo, me permiten asegurar que nada le molestaría tanto como que sus admiradores hicieran *ahora* cualquier cosa que tuviera asomos de homenaje.

Tal vez—aunque no lo dije—por las razones mismas que aporta *Clarín*, y de las cuales no ha logrado separarme con otras, muy discretamente apuntadas, mi excelente amigo Cavia.

Nada de segundas partes, que por exquisitamente pensadas que estuvieran no podrían dejar de ser *segundas*, y dejemos al tiempo y á Campoamor mismo el cuidado de ponernos delante la ocasión.

Por ahora afirmemos con *Clarín*: «Los dos son primeros: Núñez de Arce primero de la derecha, y Campoamor primero de la izquierda.—Y yo soy zurdo.»
También yo.

Vientos de fracaso han corrido por los escenarios durante la semana, y mientras Meilhac y Halevy no logran desarrugar el ceño del público en la Princesa con una de sus más regocijadas comedias, un autor cómico muy justamente celebrado tropieza y cae en Lara á pesar de un primer acto sumamente gracioso y bien hecho.

La actitud agresiva del público pesó igualmente sobre la *troupe* de opereta francesa que empezó en la Alhambra, y si en los dos casos anteriores pudo ser discutible la severidad de los *morenos*, no lo fué en modo alguno respecto de la compañía francesa, que es de lo más endeble y aburrido que nos han echado por acá los *cafés concertis* de las democráticas alturas de Montmartre.

La Zarzuela prepara una, *El duque de Gandía*, de autor que tiene varios buenos éxitos en su activo, y en los momentos en que cierro esta crónica ven *la luz de la rampa*, que dicen los franceses, Galdós en la Comedia con *La de San Quintín*, y Ceferino Palencia en la Princesa con *Nieves*.

Día de dioses mayores.

Federico URRECHA.

LOS GRABADOS DE ESTE NÚMERO

La embajada en Marruecos

La embajada extraordinaria enviada por el gobierno español á Marruecos salió el día 22 de Mazagán para la residencia del sultán. El redactor de EL IMPARCIAL Eduardo Muñoz hace en nuestro número diario la crónica de este viaje á través de un país recorrido por pocos europeos.

El artista ha representado en vistosa acuarela el momento en que la embajada sale de Mazagán. Precedenla los poros de rey llevando la insignia española.

El pueblo moro, lleno de curiosidad, forma calle y grita, no se sabe si elogios ó insultos. El cielo azul de África y la luz cegadora de aquellas regiones hacen destacarse con viveza las siluetas de la caravana, que avanza en demanda del campamento de Dar Bendajara.

* La ciudad de Mazagán, según se ha recordado recientemente, fué fundada por los portugueses en 1541. Después de dos siglos de lucha continúa con los árabes, y en ocasión de hallarse la exigua cuanto valerosa guarnición en sitio apurado y á punto de perecer (año 1769), llegó á la vista de la plaza una flota portuguesa. Cobraron nuevos bríos los defensores de Mazagán contando con que aquellas naves traían refuerzos de la madre patria. ¡Cuál no sería su desencanto al saber que aquellas naves traían la orden de que la plaza fuese entregada á los moros! Así premiaba el rey de Portugal el valor temerario de los defensores de Mazagán.

* Para hacer acopio de agua llovediza construyeron los portugueses amplia y monumental cisterna, cuya bóveda sostienen muchas columnas, y en la que hay líquido bastante para que el curioso pueda navegar en un pequeño esquife, según puede verse en un grabado de este número.

* Detalle curioso de la caravana es el desfile de los camellos en que van las provisiones, las tiendas de campaña y los regalos para el sultán. El camello—navío del Desierto, según la frase estereotipada—es el único medio de transporte en aquellas tierras. Su pie blando como la goma y resistente como el sílex, su sobriedad proverbial, su ligereza extremada, le hacen compañero inevitable del árabe. «Alá y un camello»—decía el conquistador islamita. Y el poeta arábigo-andaluz Abul-Beka escribía: «Camino de estrella á estrella en alas de mi fantasía. Voy de la Meca á Medina en mi camello incansable. Nada más quiero.»

Un tren sobre la nieve

Empieza á descender la nieve. El tren va á partir. Blanquean los tejados y sobre la tierra endurecida por la helada se depositan los primeros copos.

Tal es el momento en que uno de nuestros colaboradores artísticos, el Sr. Casanova, tomó en la estación del Norte el delicado y fino apunte que insertamos en la página quinta del presente número.

DE AQUÍ Y DE ALLÁ

¿Por qué se llama de *las Amazonas* el caudaloso río que recorre gran parte de la América del Sur? ¿Había verdaderas Amazonas, armadas en regla y formando grupos

organizados? No hubo más que la imaginación de los soldados de Orellana, que al ver á algunas mujeres indias acudir en ayuda de sus deudos y de sus hijos, forjaron conjeturas, suponiendo que aquel país estaba dominado por Amazonas que, como las abejas, exterminaban todo lo masculino y carecían de maridos, pero no de amantes, que reclutaban en las fronteras vecinas, para que no se perdiera la raza femenina.

La Alemania es el país donde más abundan las leyendas populares y fantásticas. En las campiñas inmediatas á Bacharach se cuenta que el diablo se había propuesto afeitarse á Barbaroja mientras dormía. Una hada, que protegía al ilustre guerrero, hizo que un gigante metiera en un saco todos los barberos de los contornos y se les llevara; pero el más avisado de ellos, que no había olvidado la navaja, rasgó con ella el envoltorio, y por el orificio se escurrieron todos. Todavía pretenden los habitantes de los contornos que los fugitivos fundaron un pueblo que se llamó de los barberos, no existente hoy.

A principios de este siglo, el número de conventos que había en España ascendía á 2.390, de los cuales 2.011 eran de frailes y los demás de monjas. Los poblaban 59.768 religiosos y 33.630 religiosas, al todo 93.398 individuos.

Alrededor del mundo

SUMARIO

El hombre y la sustitución del sol.—¿Es esto posible?—La salvación de la humanidad.—Fantasías y creencias.—Los literatos sin ortografía.—Defecto físico y no intelectual.—El «Czar-Campesino.»—No hay manera de andar derecho.

De puro sabido es viejo que, según la teoría admitida más generalmente, llegará época en que nuestra pobre tierra, fría hasta el punto de carámbano, girará desierta y triste como un cementerio en torno del sol eternamente joven y lleno de luz y de calor. Las generaciones humanas se habrán sucedido unas á otras, y no quedará de ellas ni rastro de su paso sobre nuestro planeta. Y entonces será mejor que nunca cuando se manifieste la vanidad de las ambiciones humanas.

Pero todo esto lo dicen los astrónomos y lo piensan los filósofos sin contar con el progreso ni con el ingenio humanos.

¿Es posible que una raza como la humana, que tantas maravillas ha descubierto y ha creado, se deje vencer por la naturaleza hasta el punto de morir en masa por falta de calórico? ¿No inventará en el curso de las edades una manera eficaz de sustituir al sol?

La fecha de la gran catástrofe está todavía en extremo; el tiempo que nos separa de ella puede computarse por millones y millones de años; y sin embargo hay ya quien piensa en que, después de todo, ni aun el mismo sol es irremplazable.

Maurus Jokai, el célebre novelista húngaro, lanzó la idea hace nada menos que veinticinco años, y ya entonces trazaba el cuadro de lo que sería la vida en el mundo cuando enfiada la tierra sustituyera la electricidad al calor de ésta.

Lo que hace un cuarto de siglo era sueño de la imaginación de un novelista, empieza á tomar hoy vislumbres de posibilidad con los progresos de la electricidad, y alcanzará, sin duda, categoría de hecho realizado cuando dentro de algunos millones de años se haga preciso.

Pero aun en el caso de que el hombre fuese impotente para sustituir los efectos del sol sobre la tierra, queda la esperanza de que la raza humana, quizá más perfeccionada que en su forma presente, tanto en materia como en espíritu, se perpetúe en alguno de los planetas que en la cronología de las edades tiene segura vida, infinitamente más larga que la terrestre, en Júpiter, por ejemplo. La persuasión de muchas religiones declara que las almas de los justos que mueren sobre la tierra van á hacer vida superior en otros planetas. Tal vez esta antiquísima creencia tiene por fundamento la idea, bastante lógica, de que produciendo los mismos medios seres semejantes, no es inverosímil que al llegar otros planetas al estado en que se encuentra el nuestro en la edad astronómica presente, produzcan también seres humanos.

*

Viendo autógrafos de políticos eminentes y de literatos famosísimos de nuestro tiempo, me ha sorprendido siempre encontrar en muchos de ellos faltas garrafales de ortografía.

Sería indiscreto publicar los nombres de los delinquentes, pero de seguro que la revelación causaría la sorpresa más profunda en el público.

¿Cómo es posible que personas de reconocida y vasta ilustración, que por fuerza de su profesión leen y escriben mucho, tengan menos ortografía que un secretario de Ayuntamiento de aldea? Entre los deficientes en esta ma-

teria, cuyas cuartillas me han llamado más la atención, hay un poeta ilustre, dos ó tres oradores parlamentarios de fama, un autor dramático y varios periodistas; uno de éstos, compañero mío que ha sido de redacción bastante tiempo, le llamaban los cajistas «el de la h,» porque no se dió jamás el caso de que empleara con oportunidad esta letra. ¿Cómo se explican estas faltas en personas de tanta cultura?

El misterio me ha sido revelado leyendo que el defecto no es exclusivo de los españoles, sino que participan de él literatos eminentes de casi todos los países.

No es una fata intelectual, ni de educación, sino física.

Las personas cultas que escriben con mala ortografía tienen la vista defectuosa: no pueden enfocar bien y sucede á sus ojos lo mismo que al objetivo de una máquina fotográfica, que mal colocado no enfoca bien y da pruebas difusas. Esas personas han sido casi invariablemente lentas en aprender á leer, porque aprenden las palabras por el oído más que por la vista. De ahí provienen sus dudas siempre que al escribir tienen que decidirse entre letras mudas ó de sonido algo similar, la h, la ll y la y, la v y la b, etc.

No hay por lo tanto que culparlas, pues no culpamos á los bizcos, ni á los jorobados, ni á los patizambos por sus defectos.

*

El *Times* ha referido estos días una bonita anécdota del Czar.

Hace poco, el soberano de todas las Rusias discutía con sus cortesanos cual sería el nombre que con más propiedad podrían darle los historiadores, y recordaba que su padre había sido llamado «el Libertador» y «el Mártir.»

Un cortesano propuso que Alejandro III recibiese el nombre de «el Justo.»

—¡No!—exclamó el Czar—«Soy y seré el Emperador Campesino.» Algunos individuos de mi nobleza me han llamado así en tono de burla, mofándose de mi cariño hacia el *mu-jik*. Pero acepto el título como una honra. Me he esforzado por procurar á los humildes la manera de vivir, y creo que ésta es la mejor y la



El sueño de un hombre de Estado

única manera de conseguir que el mundo marche.

«Después de todo, tengo la creencia de que no ha habido más que dos hombres con noción creada de lo que es en realidad el socialismo: Enrique IX, que soñaba con dar á cada campesino francés *la poule au pot* y tal vez yo, cuya ambición suprema es salvar del hambre al *mu-jik* ruso. Porque cuando el pueblo comprende que está á cubierto de la miseria, se siente satisfecho, empieza á bendecir á Dios y acaba por amar á su soberano, su representante en la tierra.

No soy de los que creen que la única manera de gobernar fácilmente es hacer impotente al pueblo por medio de las privaciones, del temor al mañana y de la dependencia del Estado; así es, que mi ambición más grande es merecer el título de «Czar Campesino.»

*

Durante las últimas nevadas, varios amigos y yo hicimos el experimento de si es posible caminar derecho con los ojos vendados.

El resultado no puede ser más cómico.

Los dos amigos que echaron á andar primero con los ojos tapados torcieron instintivamente hacia la izquierda, trazando un medio círculo de no gran desarrollo.

Al tocarme el turno á mí, quise aprovechar la lección que me habían dado los otros, é hice todo lo posible por tirar hacia la derecha para conseguir la buscada línea recta neutralizando la tendencia natural de la izquierda. Pero á poco oí que mis amigos se reían, me quité la venda y me encontré á más de veinte varas de la línea recta, á la izquierda del punto de partida.

Las huellas que habíamos dejado sobre la nieve marcaban perfectamente la línea circular que los tres habíamos seguido, y estoy seguro, de que á continuar andando hubiéramos trazado sin saberlo un círculo completo.

Por lo visto es más difícil andar derecho en lo físico que en lo moral.

Los fisiólogos explican el fenómeno diciendo que tenemos la pierna derecha más fuerte que la izquierda.

WANDERER.

EN BROMA

Gran semana para los palacios.

Con motivo del santo del rey han estrenado pantorrillas varios caballeros de la clase de gentiles hombres honorarios, que acudieron al regio alcázar luciendo el casaquin y el calzón corto.

Entre ellos figuraba D. Bibiano, que comenzó á vestirse á las ocho de la mañana, temiendo llegar tarde á la recepción, y á la una pasaba por la calle del Arenal convertido en adefesio.

—Una máscara! Una máscara!—decían los chiquillos al verle.

Y él, enojado, quiso sacar el espadín y pinchar á uno; pero se le aflojaron las medias y tuvo que meterse en un portal, diciendo al portero:

—Permítame Vd. que pase.

—Se ha puesto Vd. malo?

—No; es que se me está cayendo una pantorrilla.

—Qué barbaridad!

Entre la portera y su marido le aflojaron el calzón corto, y entonces D. Bibiano cogió la pantorrilla derecha y se puso á examinarla para ver si había sufrido deterioro; y decía la portera:

—Menos mal que se le ha caído á Vd. entre personas de confianza. ¡Mire Vd. que si llega á caérsele delante de la cortel...

Un profundo pensador ha averiguado que la clase media madrileña come bastante mal. No se necesita ser pensador ni profundo para saber esto.

Hay padre de familia que con tres cuarterones de carne da de comer á su numerosa descendencia. A cada chico le corresponden tres hebritas de carne; la mamá se queda con cinco, porque suele

estar criando, y deja al dueño de la casa el usufructo de las piltrafilas anexas al hueso.

Este sistema de alimentación hace que los niños se transparenten de puro flacos. Nosotros hemos visitado algunas casas donde había niños color crema con pintas.

—Están delgaditos—dijimos á la mamá.

—¡Pues si viera Vd. qué bien comen! Pero nunca se ven hartos!—nos contestó.—El otro día estuvo aquí el vidriero á poner dos cristales y se dejó olvidada la masilla, pero no había hecho mas que marcharse, y cuando quiso recordar, ya estos condenados se la habían comido toda, creyendo que era turrón blando.

—¿Qué me da Vd. aquí?

—La mano—contestó la interesada.

—Usted dispense: creí que me daba Vd. un manojo de rábanos.

La juventud elegante se prepara para asistir al baile de escritores y artistas.

Hay gran expectación, y algunos jóvenes que no tienen frac lo andan buscando entre sus relaciones; otros se entregan á la grata ocupación de quitarle las manchas con bencina, y alguno ha embargado á su propia madre para que le ponga forro nuevo á los faldores y le estreche la manga.

Al baile del año pasado asistieron dos señoritos con un solo frac. Mientras lo lucía uno, el otro se iba á sentar al paraíso envuelto en un carrick, y estuvieron alternando en el frac toda la noche.

¡Oh! La sociedad tiene exigencias imperiosas.

Con motivo del reparto de cruces de estos últimos días, se ha censurado mucho al gobierno por la preterición de que han sido objeto los hombres de artes y letras.

—Han debido darle á Vd. una gran cruz,—decíamos á un conocido empresario y actor.

—Ya la tengo—nos contestó.

—No lo sabía.

—¿Le parece á Vd. que tengo pequeña cruz con los infinitos aspirantes á autores que vienen á leerme todos los días sus mamarrachos?

Luis TABOADA.

ADVERTENCIA.—A los corresponsales que nos piden números atrasados de LOS LUNES, les advertimos que habiéndose agotado las ediciones de todos los publicados, nos es imposible servirles los nuevos pedidos.

MADRID.—1894

Cromotipia y fotograbado de L. R. y C.^ª, S. Bernardo, 69.

Tirado en máquina cromotípica rotativa Marinoni.

TINTA LORILLEUX

Imprenta de EL IMPARCIAL, á cargo de Ansel Carrón